

E. R. Mongel

“Borges y la Política”

En *Revista Iberoamericana*, v.43, nº 100-101

julio-diciembre 1977

p. 269-291

I.

La obra política de Borges casi no ha merecido la consideración de la crítica. En cambio, sus *opiniones* políticas —esas que transcribe ávidamente la prensa de por lo menos tres continentes— han merecido una consideración excesiva. La confusión ha llegado al punto de que se ha podido establecer públicamente la siguiente dicotomía: el escritor Borges es un genio; el opinante político Borges, un imbécil. El propio Borges ha fomentado esta fácil categorización al declarar, mil y una vez, que no sabe nada de política (lo que no le impide, acto seguido, emitir toda clase de opiniones); que nunca ha leído un diario (pero sus opiniones aparecen en todos los periódicos del mundo occidental); que su escepticismo en materia política es tan radical que cree que cuanto menos Gobierno haya mejor (lo que no le ha impedido, recientemente, elogiar tres Gobiernos particularmente notorios: los de Franco, Pinochet y Videla). Sus amigos se han cansado de advertirle que no opine más de política, que se niegue a ser entrevistado sobre esos temas, que la mayor parte de los que le hacen preguntas políticas sólo quieren tenderle trampas. Él lo sabe, asiente y se ríe.

Que Borges, a los setenta y tantos años haya decidido tomar el papel de *vieillard terrible* es comprensible aunque no justificable. Hay que respetar el derecho de los demás a tener opiniones impopulares. Lo que no significa compartirlas, es claro. Pero lo que no se debe aceptar es que los críticos, apoyados en aquella dicotomía, juzguen a Borges sólo por sus *opiniones* políticas. Tomar estas opiniones como si fueran juicios críticos y estuvieran en el mismo nivel intelectual de sus ensayos literarios o estéticos; leer sus declaraciones a la prensa y basar en ellas un análisis de su política, y (lo que es aún peor) de la ideología de su obra; reiterar la dicotomía (Dr. Jekyll y Mr. Hyde) entre un genio literario y un imbécil político, es caer precisamente en el juego suicida del *vieillard terrible*. Las razones que Borges puede tener para jugar ese juego, o el placer que extrae de enfurecer a sus interlocutores, es un asunto estrictamente privado. Esas razones no funcionan (no deben funcionar) si lo que se quiere juzgar es la obra política de Borges, más abundante e inesperada de lo que se piensa.

Esa obra política (como todas) está íntimamente ligada a un contexto específico y, por lo tanto, requiere en quien la considere un conocimiento de lo que realmente ocurría en Argentina, y en el mundo occidental, cuando Borges escribió esos textos. Como el estudio de su biografía y de su contexto histórico está recién empezando a hacerse, es natural que éste sea el aspecto más descuidado por los eruditos borgianos. Si hay, ahora, un nivel satisfactorio de estudio de sus textos literarios, no pasa lo mismo con el estudio ideológico de los mismos. Leídos, por lo general, fuera de contexto, o examinados a la luz de teorías que no ayudan a definir a Borges sino al crítico (informan más sobre el partido al que pertenece el crítico que al que pertenece Borges), esos textos deben ser inscritos en las circunstancias en que fueron publicados para poder ser leídos con

provecho y sin escándalo. A manera de anticipo de un trabajo más minucioso que he realizado para un libro en preparación, ofrezco ahora estas observaciones.¹

II.

La primera guerra mundial es el contexto en que hay que situar el despertar de Borges a la realidad política. Ese despertar se produce no en la Argentina sino en Suiza, país neutral que está situado precisamente en el corazón de la Europa en guerra. Borges tiene unos quince años cuando la familia se instala en Ginebra en el verano europeo de 1914. Allí pasará una larga temporada que más tarde él definiría como época de "garúas."² La circunstancia de estar en Suiza y de ser argentino aseguraba una doble neutralidad. Sin embargo, Borges (o Georgie, como entonces era llamado por todo el mundo) no deja de ser afectado por la guerra. El impacto mayor lo produce la obra literaria de los poetas expresionistas alemanes que él descubre hacia 1917 –junto con la de Walt Whitman. En sus versos, la furia casi erótica de la guerra y su violencia criminal aparecen expresadas en imágenes ardientes, dislocadas, de fuego. Algunos de los poetas que Georgie lee habrán de ser sacrificados en la guerra: Ernst Stadler en el frente occidental; August Stramm en el ruso. A través de sus poemas, el muchacho vivirá vicariamente la experiencia de la guerra. Es un bautismo de fuego, es también un holocausto. O como ahora se dice, un genocidio.

En artículos que Georgie publicó en España poco más tarde y en antologías que preparó para revistas del ultraísmo, no sólo presentó y analizó la poesía expresionista (como han documentado estudios hechos por Guillermo de Torre, Gloria Videla y César Fernández Moreno, entre otros)³ sino que se identificó con lo que él llama una "hermandad de poetas." Tanto su obra crítica de entonces, como su poesía de la primera época, está influida por este generoso concepto. Esos eran los años en que la juventud de Europa tenía el *Jean Christophe*, de Romain Rolland, como libro de cabecera y en que la visión de un pan-europeísmo servía de espejismo a los más jóvenes.⁴ Georgie no sólo escribió entonces poesía expresionista en español: también compartió el credo del movimiento y, sobre todo, su ideología juvenil. En unas declaraciones hechas a James E. Irby, en 1962, y que han sido muy citadas,⁵ Borges ha definido su preferencia juvenil por el expresionismo sobre otros movimientos de vanguardia en estos términos inequívocos:

En Ginebra, donde pasé los años de la Primera Guerra (...) conocí el expresionismo alemán, que para mí contiene ya todo lo esencial de la literatura posterior. Me gusta mucho más que el surrealismo o el dadaísmo, que me parecen frívolos. El expresionismo es más serio y refleja toda una serie de preocupaciones profundas: la magia, los sueños, las religiones y las filosofías orientales, el anhelo de hermandad universal... (p. 6)

Es precisamente este anhelo el que habrá de determinar, al nivel más profundo, la adhesión de Georgie al expresionismo. La experiencia de la guerra convirtió a los mejores poetas en pacifistas. Los millones de muertos en ambos frentes –en esa tierra de nadie que las novelas de Henri Barbusse (*El fuego*, 1916) y de Erich Maria Remarque (*Sin novedad en el frente*, 1929) habrían de popularizar⁶– convertirían, paradójicamente, a estos poetas guerreros en campeones de la hermandad de los hombres. Ellos descubrieron de la manera más terrible que la guerra es siempre pagada por los inocentes, que son los hijos y no los padres los que son sacrificados en los campos de batalla. Si al discutir el expresionismo (y los demás movimientos de vanguardia) se insiste siempre en

la rebelión de los jóvenes contra el oficialismo y la tendencia radical de la mayoría de sus poetas, menos se insiste en lo que realmente originó esta rebelión. El parricidio, como lo revela trágicamente el mito de Edipo, es sólo la segunda etapa de un conflicto que se inicia realmente con un filicidio. Fue Layo el que atentó primero contra la vida de su hijo. Los poetas expresionistas debieron luchar en una guerra que se convirtió (como la de Viet Nam) en uno de los más catastróficos filicidios de la historia. (Cuando hablo de la guerra de Viet Nam no me olvido que empezó en 1946 siendo una aventura colonial francesa en Indochina.)

Súbitamente, y ante los ojos de una sociedad que se consideraba muy culta, la sociedad europea de la Belle Époque, toda una generación fue masacrada de una manera tan gigantesca que hizo de los sacrificios rituales de los aztecas un espectáculo suburbano. Europa mostró entonces obscenamente al mundo entero lo que ocultaba el desfile de elegantes uniformes, vistosas maniobras navales y viriles cargas de caballería. Por primera vez, los jóvenes de Europa no eran sacrificados (para mayor gloria del Imperio alemán, francés o inglés) en remotas áreas coloniales. En 1914 fueron inmolados en mataderos, llamados trincheras, a las mismas puertas de sus hogares. El parricidio, pues, vino como reacción inevitable a esta hecatombe de hijos. Los poetas expresionistas fueron los primeros en llamar la atención (en esos días de prensa altamente censurada) sobre el genocidio que se estaba practicando en los gloriosos campos de Francia, Austria, Polonia y Rusia.

Estas revelaciones deben haber sido terribles para Georgie ya que él no sólo estaba protegido de semejante carnicería por ser argentino y vivir en la neutral Suiza sino que estaba permanentemente protegido de toda esta aventura militar por su mala vista. Además, la rebelión parricida le estaba vedada por una razón muy personal: su padre era el más generoso y tolerante de los padres. Amigo de su hijo y practicante convencido de la teoría de que son los hijos los que educan a los padres, don Jorge era no sólo tan modesto que le hubiera gustado ser invisible (como ha contado Borges en su "Autobiographical Essay"),⁷ sino que jamás interfería en las decisiones de su hijo por creer que es mejor que se equivoquen, y aprendan de sus errores, a que sigan dócilmente la autoridad paterna. Es claro que un padre tan discreto no podía sino suscitar la más completa devoción. Georgie, en vez de rebelarse, lo imitó fielmente.

Esto no impidió que, en su poesía, la rebelión que estaba enmascarada debajo de la devoción filial, se manifestase simbólicamente. Por eso, cuando estalla la revolución rusa, Georgie habrá de escribir un poema que nunca recogió Borges en sus obras pero que está ahí, en las revistas de la época para documentar su entusiasmo de los dieciocho o diecinueve años. Su título, "Rusia", es bastante explícito:

Mediodías estallan en los ojos

.....
Bajo estandartes de silencio pasan las muchedumbres
Y el sol crucificado en los ponientes
se pluraliza en las vocinglerías
de las torres del Kremlin.

.....
En el cuerno salvaje de un arco iris
clamaremos su gesta
como bayonetas
que portan en la punta las mañanas.⁸

Otro poema, "Gesta maximalista", también ilustra la adhesión de Georgie a un socialismo que todavía no se llamaba comunista:

Desde los hombros curvos
se arrojaron los rifles como viaductos
.....
El cielo se ha crinado de gritos y disparos
Solsticios interiores han quemado los cráneos
Uncida por el largo aterrizaje
la catedral avión de multitudes
quiere romper las amarras.
.....
Pájaro rojo vuela un estandarte
sobre la hirsuta muchedumbre.

Hay un tercer poema que aunque no refleja tan directamente una ideología socialista, coincide en utilizar una imaginaria que ya habían explotado los expresionistas. Se titula, "Trinchera."

Angustia.
En lo altísimo una montaña camina
Hombres color de tierra naufragan en la grieta más baja
El fatalismo unce las almas de aquéllos
que bañaron su pequeña esperanza en las piletas de la noche.
Las bayonetas sueñan con los entreveros nupciales.
El mundo se ha perdido y los ojos de los muertos lo buscan
El silencio aúlla en los horizontes hundidos.¹⁰

La alusión fálica del sexto verso da perspectiva al poema, y al período. Estos son los años en que Georgie descubre (en el ardor de la adolescencia) la violencia de la guerra y la violencia del sexo, la hermandad de los poetas y la fraternidad de la carne. Perdido en un mundo que se estaba deshaciendo ante sus ojos neutrales, Georgie encontró en la experiencia imaginaria de la guerra y en la exaltación de los ritmos rojos, una metáfora para sus propios intensos y confusos sentimientos de lealtad filial y amor incestuoso, el oscuro ímpetu parricida que la poesía de ese tiempo apenas enmascara. Uno de los primeros, si no el primero, de los artículos que Georgie escribió en su vida es una reseña de tres libros españoles que envió desde la península a su amigo Maurice Abramowicz y que éste publicó en el periódico ginebrino, *La Feuille*, después de haber corregido discretamente el francés de Georgie.¹¹ Uno de los libros reseñados era de Pío Baroja y tenía el llamativo título, *Momentum catastrophicum*. Escrito en la época en que Don Pío estaba más anarquista que nunca, el libro ataca sin piedad la hipocresía de las naciones poderosas que sin dejar de ser imperialistas fuera de fronteras, practican una política doméstica del más cauteloso liberalismo. Escrito después de la victoria aliada y cuando el Tratado de Versalles permitió a Francia, Inglaterra y los Estados Unidos perpetuar por algunos años más su imperio sobre el mundo, Baroja se manifiesta a favor de la paz y dedica un ambiguo elogio a Wilson: "Marco Aurelio de la gran república de los trusts y las máquinas de coser, el único apóstol y árbitro de los asuntos internacionales, la flor de los arribistas...". Georgie aplaude a Baroja explícitamente. Sin duda que la elección de este libro fue determinada por la coincidencia ideológica. Ambos (el joven argentino, el irascible vasco) creían en la paz y desconfiaban de los gobiernos. Georgie había heredado de su padre una suerte de anarquismo filosófico que estaba fundado en Spencer, no en

Bakunin. El descubrimiento de la fraternidad expresionista y el impacto de la revolución soviética no harían sino acentuar ese anarquismo.

No es extraño, pues, que los dos libros que Georgie preparó, pero nunca publicó, en ese período estuvieran fuertemente impregnados por la ideología anarquista. Al evocar esta época en su "Autobiographical Essay," Borges resumirá de esta manera sus temas y su perspectiva:

In Spain, I wrote two books. One was a series of essays called, I now wonder why, *Los naipes del tahúr* (The Sharper's Cards). They were literary and political essays (I was still an anarchist and a freethinker and in favor of pacifism), written under the influence of Pío Baroja. Their aim was to be bitter and relentless, but they were, as a matter of fact, quite tame. I went in for using such words as "fools," "harlots," "liars." Failing to find a publisher, I destroyed the manuscript on my return to Buenos Aires. The second book was titled either *The Red Psalms* or *The Red Rhythms*. It was a collection of poems –perhaps some twenty in all– in free verse and in praise of the Russian Revolution, the brotherhood of man, and pacifism. Three or four of them found their way into magazines –"Bolshevik Epic," "Trenches," "Russia." This book I destroyed in Spain on the eve of our departure. I was then ready to go home. (p. 223)

Lo que Borges no cuenta en su "Autobiographical Essay," es que por lo menos uno de los artículos que pensaba recoger en *Los naipes del tahúr* tenía un tema erótico: "Casa Elena (hacia una estética del lupanar en España)." A ese trabajo pertenece esta frase memorable:

Y la Estatuaria –esa cosa gesticulada y mayúscula– la comprendemos, al deliciarnos con las combas fáciles de una moza, esencial y esculpida como una frase de Quevedo.¹²

En el contexto de este artículo, se comprenden mejor las alusiones (tan oblicuas) de Borges en el "Autobiographical Essay," a ciertas palabras fuertes, como "harlots," que le gustaba usar en sus trabajos de *Los naipes del tahúr*. Pero la discreción de Borges no impide reconocer la indiscreción de Georgie. Para el adolescente, una vez más, la fraternidad humana y la violencia de la guerra estaban indisolublemente ligadas a la violencia erótica. Marte y Venus se le revelaron conjuntamente al tímido, ojeroso, moreno adolescente de lentes tan gruesos.

III.

La política habrá de solicitar masivamente la atención de Borges una vez más a fines de los años veinte. Ya instalado en la Argentina y dedicado a la difusión del ultraísmo (primero) y a su demolición (casi de inmediato), Borges hace sus primeras armas en la política doméstica hacia 1927. Con un grupo de amigos que, como él, eran asiduos colaboradores del periódico *Martín Fierro*, Borges funda un Comité de Jóvenes Intelectuales para apoyar la candidatura de Hipólito Irigoyen a la presidencia de la República. De acuerdo con una crónica olvidada que escribió Ulises Petit de Murat en 1944, lo que movió a los jóvenes a apoyarlo fue la convicción de que el Peludo (como llamaban cariñosamente al candidato) no tenía la menor posibilidad de ser reelecto ya que sus enemigos habrían de hacer fraude en las urnas.¹³ Para ellos, lo atractivo de tal candidatura es que era una causa perdida. Los iniciadores del movimiento fueron Borges, Petit de Murat y un joven poeta, Francisco López Merino, que habría de suicidarse al año siguiente y, al que Borges dedicaría un par de poemas muy personales. Pronto otros jóvenes se sumarían al Comité: Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal (ambos católicos), Enrique y Raúl González Tuñón (izquierdistas). En su crónica, Petit de Murat

cuenta una anécdota que permite reconocer la actitud básica de Borges frente a esa campaña. Yendo a visitar un día el comité central de la campaña irigoyenista, fueron recibidos por el Director que los aburrió con sus discursos. En un melodramático aparte e imitando el acento lunfardo, Borges se volvió a Petit y le preguntó: "Che, ¿cuándo vienen las empanadas envueltas en nombramientos?"

No todos los intelectuales jóvenes estaban dispuestos, como éstos, a apoyar causas perdidas. La dirección de *Martín Fierro*, que se enorgullecía de su neutralidad política, publicó una declaración en el número 44-45, (agosto 31-noviembre 15, 1927) desvinculándose por completo del Comité y subrayando su neutralidad. Tal reacción no le gustó a Borges y a Petit; pronto mandaron la renuncia como colaboradores de *Martín Fierro*. Más drásticos en su reacción contra el Comité fueron los redactores de otra revista, *Claridad*, que tenía una orientación izquierdista. En el número correspondiente a abril, 1928, publicaron un poema atribuido a los miembros del Comité y que incluía la siguiente plegaria a Irigoyen:

Desfacedor de viejos y caducos regímenes,
cuando al cabo traspongas los anhelados límites
del gran salón presidencial,
escucha nuestros ruegos, comprende nuestros gestos
y danos consulados, cátedras y otros puestos,
Hombre genial y sin igual!¹⁴

El poemita aparecía firmado por Borges, Marechal, Nicolás Olivari, Pablo Rojas Paz, los hermanos González Tuñón, Francisco Luis Bernárdez, Francisco López Merino y otros. Naturalmente que nadie creyó que fuera auténtico. Era demasiado obvia la intención del periódico de denunciar la venalidad de los jóvenes intelectuales. Lo curioso es que la perspectiva de casi cincuenta años, ha invertido la situación. Porque son los burladores los que han resultado burlados. Al oponerse al Comité, el periódico se oponía también a la reelección de Irigoyen, es decir: se oponía al único caudillo realmente popular que había producido entonces la Argentina. En tanto que los supuestamente alienados intelectuales burgueses que formaban el Comité salían a defender un jefe populista, los socialistas de *Claridad* aparecían alineados con la peor reacción derechista que veía en Irigoyen una amenaza a sus privilegios de clase y a su feliz acuerdo con los intereses internacionales.

Borges, en cambio, que no necesitaba y no quería ningún puesto público (su Mecenas era Don Jorge Borges), había descubierto en Irigoyen un caudillo que podía admirar. Unos tres años antes de este incidente, en un artículo que recogió en *Inquisiciones* (1925), había tenido oportunidad de expresar su opinión, a la vez política y alegórica, de lo que representaba Irigoyen para la Argentina. Debe subrayarse el hecho de que cuando Borges publicó este artículo, el Peludo no estaba en el poder, y que no era, naturalmente, la esperanza de un nombramiento (con o sin empanadas) lo que lo movía a elogiarlo.

El criollo, a mi entender, es burlón, suspicaz, desengañado de antemano de todo y tan mal sufridor de la grandiosidad verbal que en poquísimos la perdona y en ninguno la ensalza. El silencio arrimado al fatalismo tiene eficaz encarnación en los dos caudillos mayores que abrazaron el alma de Buenos Aires: en Rosas e Irigoyen. Don Juan Manuel, pese a sus fechorías e inútil sangre derramada, fue queridísimo del pueblo. Irigoyen, pese a las mojigangas oficiales, nos está siempre gobernando. La significación que el pueblo siempre apreció en Rosas, entendió en Roca y admira en Irigoyen, es el escarnio de la teatralidad, o el ejercerla con sentido burlesco. En pueblos de mayor avidez en el vivir, los caudillos famosos se muestran botarates y gesteros, mientras aquí son taciturnos y casi desganados. Les restaría fama provechosa el impudor verbal.¹⁵

Toda una teoría del criollismo se encuentra sintetizada aquí. Para Borges, ese criollismo esencial (que él buscó en los versos de sus tres primeros libros de poemas y en los ensayos de sus tres primeros libros de crítica) nada tiene que ver con el criollismo de la letra de tango, ya contaminado por la sentimentalidad gallega o italiana. Por eso, le gusta el taciturno Irigoyen, y en su entusiasmo por los criollos viejos, hasta llega a encontrar virtudes en Rosas, el archi-enemigo de sus antepasados. En un momento en que todos se complacían en comparar a Irigoyen con Rosas para subrayar la arbitrariedad de ambos, su autoritarismo, su falta de respeto por los derechos políticos de sus adversarios, este artículo de Borges muestra cómo se manifiesta en ambos la raíz de un criollismo que desdeña la ostentación y se apoya en el silencio.

El entusiasmo de Borges por Irigoyen desapareció apenas el Peludo ganó (contra todas las expectativas) la Presidencia. En vez de ir a reclamar un puestito al sol, Borges se convirtió en crítico del Gobierno. No le faltaban razones. Si en su primera presidencia, el Peludo había sabido aprovechar la prosperidad económica traída por el *boom* de la carne y la lana durante la Primera Guerra Mundial para realizar importantes reformas políticas y financieras, en su segunda presidencia Irigoyen no sólo estaba viejo y cansado sino que se encontraba frente a una situación económica que se había deteriorado notablemente, tanto en la Argentina como en el mundo entero. Apenas tomado el poder, Irigoyen tuvo que enfrentar el *crack* de la bolsa neoyorkina del año 29. Rodeado por un elenco mediocre, exacerbada su natural desconfianza por la edad, Irigoyen terminó por alienar a sus mejores amigos. En 1930, hasta sus más cercanos colaboradores estaban dispuestos a aceptar cualquier solución de fuerza. Una gripe fue el pretexto que permitió forzarlo a deponer temporariamente el poder. El General Uriburu inmediatamente se hizo cargo del Gobierno.

La reacción de Borges al golpe militar se encuentra documentada en una carta que escribió por esa fecha a Alfonso Reyes, de quien se había hecho muy amigo durante la temporada en que el escritor mexicano estuvo de Embajador en Buenos Aires. La carta es muy irónica y literaria, pero revela no sólo la desilusión de Borges con respecto al Peludo sino su desilusión con respecto a los militares. Aunque él estaba (como tantos entonces) mal informado con respecto a los militares —creía, por ejemplo, que todos eran honestos—, su simpatía por Irigoyen no había desaparecido del todo. La pérdida de la mitología que había generado el Peludo es lo que más le duele en su caída. También le duele (y con qué lucidez) el hecho de que el nuevo régimen esté empeñado en uniformar la opinión y solo permitir la Independencia bajo la Ley Marcial, como observa irónicamente Borges. Una intuición del régimen fascista que pronto se implantaría en la Argentina se puede encontrar en estas líneas irónicas.¹⁶ En un artículo posterior, que habría de recoger en *Discusión* (Buenos Aires, Gleizer, 1932), Borges completaría su juicio. Al hablar de "Nuestras imposibilidades," y hacer el balance de las limitaciones de los argentinos, Borges elige terminar su diatriba con estas palabras:

Penuria imaginativa y rencor definen nuestra parte de muerte. Abona lo primero un muy generizable artículo de Unamuno sobre *La imaginación en Cochabamba*; lo segundo, el incomparable espectáculo de un gobierno conservador, que está forzando a toda la república a ingresar en el socialismo, sólo por fastidiar y entristecer a un partido medio.

Hace muchas generaciones que soy argentino; formulo sin alegría estas quejas. (p. 17)

El moralista político en que se ha convertido al fin Borges aparece claramente definido en este texto.

IV.

La segunda guerra mundial, y sus largos prolegómenos europeos, darían oportunidad a Borges a aumentar considerablemente su obra política. Las primeras señales de que estas preocupaciones empezaban a dominar su conciencia se pueden advertir en ciertas observaciones que aparecen, cada vez más frecuentemente, en los textos críticos de los años treinta. En esa época, Borges empezó a hacer periodismo profesional para aumentar un poco sus casi invisibles ingresos. Es verdad que mientras Padre viviera no habrían de faltarle casa y comida pero la jubilación de éste no había sobrevivido intacta la crisis del año 1929. Por eso, el joven escritor aumenta cada vez más su colaboración en periódicos que pagan, aunque no sea mucho: *La Nación* y *La Prensa*, en primer lugar; *Crítica* (cuya sección literaria dirige por un par de años) y *Síntesis*. A partir de 1936, y por espacio de unos dos años y medio, habrá de encargarse de la sección, "Libros y Autores Extranjeros," del semanario femenino, *El Hogar*. Es precisamente en este inesperado lugar donde Borges practicará, lapidariamente, una propaganda política anti-fascista.

Es imposible reseñar aquí los numerosos textos de esa campaña. Bastará indicar algunos de los aspectos más salientes. El ataque central está dirigido al fascismo, en sus dos vertientes de entonces: la italiana (que a Borges, como a tantos otros en Europa, le parecía sobre todo ridícula), la alemana (que él correctamente veía como siniestra). Aunque hay ataques a Marinetti (que visitó Buenos Aires en 1936 como representante de la Italia fascista al Congreso del P.E.N. Club), la mayor parte de las diatribas están dirigidas contra la nazificación de la cultura germánica. Así, por ejemplo, en mayo 30, 1937, dedica una breve reseña a un libro escolar que ilustra a los niños alemanes sobre el peligro semita. Además de transcribir algunos de sus horrores, Borges informa que el libro, titulado, *Trau Keinem Jud Bei Seinem Eid*, fue publicado en Baviera, que se encuentra en la cuarta edición y que ya ha vendido 51,000 ejemplares.¹⁷ El mismo mes de mayo, publica otra reseña del libro en la revista *Sur*. Allí amplía lo dicho en *El Hogar*, resume y traduce algunos de los pasajes antisemitas más groseros ("He aquí el judío – ¿quién no lo reconoce?–, el sinvergüenza más grande de todo el reino. Él se figura que es lindísimo, y es horrible."), y llega a la conclusión:

¿Qué opinar de un libro como éste? A mí personalmente me indigna, menos por Israel que por Alemania, menos por la injuriada comunidad que por la injuriosa nación. No sé si el mundo puede prescindir de la civilización alemana. Es bochornoso que la estén corrompiendo con enseñanzas de odio.¹⁸

Lo que sobre todo ofende a Borges en el antisemitismo germánico es la estupidez, la agresión contra los valores culturales que han hecho a Alemania famosa. Esa misma estupidez (denunciada reiteradamente en las páginas de *El Hogar* y de *Sur*) es la que encontrará entre sus compatriotas fascistas. Porque en tanto que Borges no sólo ha aprendido alemán y ha estudiado con devoción y amor la filosofía, la poesía, la novela producidas por Alemania, los nazis argentinos sólo admiran el terrible poder de Hitler. Para destruir este punto de vista habrá Borges de escribir dos textos importantes. Uno es muy conocido: "Deutsches Requiem," cuento de *El Aleph* (1949), en que se transcribe el monólogo de Otto Dietrich zur Linde, subdirector del campo de concentración de

Tarnowitz, en la víspera de su ejecución por las fuerzas aliadas. Menos conocido en su original español, es un artículo que Borges publicó en la primera página de *El Hogar* en diciembre 18, 1940, cuando ya la máquina de Hitler había destruido Polonia, había concluido la gran ofensiva en el frente occidental que en quince días arrasó con el ejército franco-inglés y se preparaba para la invasión de Inglaterra. El artículo se titula, "Definición del germanófilo," y ya desde su primera frase sitúa nítidamente, brillantemente, la perspectiva borgiana:

Los implacables detractores de la etimología razonan que el origen de las palabras no enseña lo que éstas significan ahora; los defensores pueden replicar que enseña, siempre, lo que éstas ahora no significan. Enseña, verbigracia, que los pontífices no son constructores de puentes, que las miniaturas no están pintadas al minio; que la materia del cristal no es el hielo; que el leopardo no es un mestizo de pantera y de león; que un candidato puede no haber sido blanqueado; que los sarcófagos no son lo contrario de los vegetarianos; que los aligatores no son lagartos; que las rúbricas no son rojas como el rubor; que el descubridor de América no es Amerigo Vespucci y que los germanófilos no son devotos de Alemania.¹⁹

Lo que Borges está postergando decir es que los germanófilos (los argentinos, al menos) no están interesados en Alemania. Por eso observa que en las muchas ocasiones en que ha discutido con ellos sobre Alemania, se ha sorprendido al advertir que no reconocían los nombres de Hölderlin, Schopenhauer o Leibnitz, y que su interés en aquel país se reducía a una sola cosa: Alemania era enemiga de Inglaterra. Y como ésta última se negaba (y sigue negándose, por ahora) a devolver las Islas Malvinas a la Argentina, Inglaterra es el enemigo. Otros aspectos paradójicos del germanófilo argentino son subrayados por el artículo:

Es, asimismo, antisemita: quiere expulsar de nuestro país a una comunidad eslavogermánica en la que predominan los apellidos de origen alemán (Rosenblatt, Gruenberg, Nierenstein, Lilienthal) y que habla un dialecto alemán: el yiddish o juedisch. (id.)

Una conversación imaginaria, pero típica, sirve a Borges para completar el retrato –que en ciertos aspectos anticipa argumentos de Sartre en su famoso "Retrato del Antisemita"–. La conversación siempre comienza con una discusión del Tratado de Versalles, 1919, que fue tan injusto con Alemania. Tanto Borges como su interlocutor están de acuerdo en que una nación victoriosa debe dejar de lado la opresión y la venganza. El desacuerdo empieza cuando el germanófilo deduce de esta premisa la conclusión de que ahora que Alemania es vencedora tiene derecho a destruir a sus enemigos.

Mi prodigioso interlocutor ha razonado que la antigua injusticia padecida por Alemania la autoriza en 1940 a destruir no sólo a Inglaterra y a Francia (¿por qué no a Italia?) sino también a Dinamarca, a Holanda, a Noruega: libres de toda culpa en esa injusticia. En 1919 Alemania fue maltratada por enemigos: esa todopoderosa razón le permite incendiar, arrasar y conquistar todas las naciones de Europa y quizá del orbe.... El razonamiento es monstruoso, como se ve. (id.)

A las objeciones de Borges, el imaginario interlocutor opone un panegírico de Hitler. Una última paradoja habrá de cerrar el diálogo:

Descubro, siempre, que mi interlocutor idolatra a Hitler, no a pesar de las bombas cenitales y de las invasiones fulmineas, de las ametralladoras, de las delaciones y de los perjurios, sino a causa de esas costumbres y de esos instrumentos. Le alegra lo malvado, lo atroz. La victoria germánica no le importa; quiere la humillación de Inglaterra, el satisfactorio incendio de Londres. Admira a Hitler –como ayer admiraba a sus precursores en el submundo criminal de Chicago.(...) El hitlerista, siempre, es un rencoroso, un adorador secreto, y a veces

público, de la "viveza" forajida y de la crueldad. Es, por penuria imaginativa, un hombre que postula que el porvenir no puede diferir del presente, y que Alemania, victoriosa hasta ahora, no puede empezar a perder. Es el hombre ladino que anhela estar de parte de los que vencen.

No es imposible que Adolf Hitler tenga alguna justificación; sé que los germanófilos no la tienen. (id.)

Al publicar este artículo en la primera página de *El Hogar*, Borges estaba realizando un acto político que habría de tener consecuencias unos años más tarde, cuando subiera al poder un militar que (aunque sin ser nazi él mismo) estaba rodeado de nazis. Incluso en el momento en que el artículo se publica, cuando la derrota de Francia y el cerco de Inglaterra por la Luftwaffe y los submarinos parecían condenar a la estrangulación el último enemigo de Hitler (Stalin estaba protegido por el pacto nazi-soviético de 1938), una actitud como la de Borges iba a contrapelo de la sociedad argentina, católica hasta el antisemitismo, y del Gobierno, fascista por sentido de clase, por vínculos económicos con la Italia de Mussolini, por resentimiento contra el imperialismo británico. Pero Borges nunca buscó ser popular. Por el contrario, ya a los 41 años empezó a cortejar la impopularidad política. En la Argentina de los años 40 esa impopularidad tenía un nombre: ser antifascista.

Una última pieza importante del *dossier* antinazi de Borges es el texto, "Anotación al 23 de agosto de 1944," en que celebra la liberación de París y que se publicó en *Sur* ese mismo año. El texto es muy conocido porque fue recogido en *Otras inquisiciones* (1952).²⁰ Además de comunicar la sorpresa ante "el grado físico de mi felicidad cuando me dijeron la liberación de París" (p. 156), Borges registra otras, la más inesperada de las cuales es advertir que muchos partidarios de Hitler también estaban entusiasmados con la liberación. Le parece inútil tratar de razonar con los mismos germanófilos los oscuros motivos de ese cambio. Esos "consanguíneos del caos" (pp. 156-157), ignoran todo sobre los móviles profundos de su conducta, como señala apoyado en una cita de Whitman que avala (inesperadamente, para él) nadie menos que el Dr. Freud. Al cabo, y después de recordar un pasaje de *Man and Superman*, de Bernard Shaw, Borges descubre la clave de esa enigmática conducta. Para él esa clave está en un día que es "el perfecto y detestado reverso" del que está evocando: ese 14 de junio de 1940, en que las tropas de Hitler entraron en París.

Un germanófilo, de cuyo nombre no quiero acordarme, entró ese día en mi casa; de pie, desde la puerta, anunció la vasta noticia: los ejércitos nazis habían ocupado a París. Sentí una mezcla de tristeza, de asco, de malestar. Algo que no entendí me detuvo: la insolencia del júbilo no explicaba ni la estentórea voz ni la brusca proclamación. Agregó que muy pronto esos ejércitos entrarían en Londres. Toda oposición era inútil, nada podría detener su victoria. Entonces comprendí que él también estaba aterrado. (p. 17)

La conclusión a que llega Borges después de este descubrimiento es muy elegante, en el sentido en que se habla en matemáticas de la solución breve de un problema complejo:

El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erigena.

Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe. Arriesgo esta conjetura: *Hitler quiere ser derrotado*. Hitler, de un modo ciego, colabora con los inevitables ejércitos que lo aniquilarán, como los buitres de metal y el dragón (que no debieron de ignorar que eran monstruos) colaboraban, misteriosamente, con Hércules. (pp. 157-158)

Al año siguiente de publicarse en *Sur* esta profecía, Hitler habría de morir en las ruinas de su bunker y un oscuro y sonriente coronel tomaría las riendas del poder efectivo en

Argentina. Para Borges, un nuevo ciclo de su lucha contra el nazismo habría de iniciarse.²¹

V.

El ascenso al poder de Juan Domingo Perón había sido lento y secreto. Sólo en octubre 17, 1945, resultó obvio para todo el mundo en la Argentina que el que realmente gobernaba no era el Presidente Farrell sino su ministro de Guerra y Secretario del Ministerio de Trabajo. Ese día, la mayor concentración de masas que se había visto hasta la fecha en Buenos Aires, pidió y obtuvo el regreso del Coronel Perón al Gobierno del que había sido eliminado ocho días antes por intrigas de colegas. El Gobierno cedió, Perón salió al balcón de la Casa Rosada a saludar a sus fieles y un grito de victoria (el mayor orgasmo colectivo que había escuchado Plaza de Mayo, según insinúa un historiador metafórico) rubricó lo que ya era evidente: Argentina tenía un segundo Rosas.²² Lo que no había conseguido Irigoyen, lo lograba ahora Perón. El retorno del Coronel al poder le permitió preparar las elecciones de febrero 24, 1946. Con el ejército, la policía y los sindicatos (éstos sólo parcialmente) a sus órdenes, el Coronel obtuvo una victoria escasa, sólo el 51 porcentaje de los votos, pero suficiente.

Dentro del 49 porcentaje que enfáticamente votó contra Perón se encontraba no sólo la derecha más rancia sino, también la izquierda que veía en Perón un demagogo fascista, un líder populista que se había apropiado muchas cosas del socialismo para su mayor beneficio político. Por razones propias, también Borges militaba en esa inmensa minoría.

En unas declaraciones que hizo para el diario montevideano, *El Plata*, en octubre 31, 1945, es posible comprender que su total oposición a Perón se basaba en la convicción de que éste era nazi. Aunque Borges reconoce allí la legitimidad de muchas de las reformas sociales que Perón y los suyos proponían, al mismo tiempo condena acerbamente la ola de odio que el nuevo líder había desatado. Reconoce en esa pedagogía los síntomas que él mismo había denunciado en Alemania y en Italia. También señala que los intelectuales argentinos ya estaban combatiendo al régimen y que la única solución democrática en esta situación anómala, era ceder el poder a la Suprema Corte de Justicia, para poder llamar a elecciones realmente libres. En sus declaraciones, Borges se manifestaba, sin embargo, pesimista en cuanto al pronto retorno del país al régimen democrático.

Su pesimismo estaba justificado. Como se sabe, Perón no cedió el poder a la Suprema Corte, manipuló a los sindicatos con promesas y con beneficios, persiguió con la policía a sus enemigos políticos, concedió inmunidad a los grupos nazi-fascistas, y asumió formalmente el poder. Entretanto, Borges firmó cuanto manifiesto se le puso al alcance. La venganza de Perón tardó pero fue digna de su generosidad. Si Borges estaba equivocado en cuanto a que Perón fuera nazi (le faltaba el sistemático odio de Hitler, la locura sado-masoquista), no estaba equivocado en cuanto a su fascismo. Y fueron precisamente los métodos fascistas de la humillación y el manoseo —equivalentes del purgante que Mussolini usó contra sus enemigos— los que Perón usó contra Borges y su familia.

En aquella fecha, hacía ya unos ocho años que Borges trabaja como modesto auxiliar en la biblioteca municipal, "Miguel Cané." Ese era su único empleo. La pensión de Padre apenas daba para los gastos de la casa. De modo que resultó fácil para Perón vengarse de los manifiestos firmados por Borges. En agosto de 1946, éste fue oficialmente informado que había sido promovido a inspector de pollos y conejos en el mercado municipal de la calle Córdoba. En su "Autobiographical Essay," resume irónicamente el episodio:

I went to the City Hall to find out what it was all about. "Look here," I said, "It's rather strange that among so many others at the library I should be singled out as worthy of this new position." "Well," the clerk answered, "you were on the side of the Allies ... what do you expect?" His statement was unanswerable; the next day, I sent in my resignation.²³

En el "Essay," y tal vez por pudor, Borges no explica en qué consistía la promoción. Es obvio que había sido elegido para ese cargo por el sentido alegórico que se da precisamente a las gallinas y conejos: animales mansos y hasta cobardes, víctimas del machismo rioplatense en sus chistes más groseros. Pero si Borges era corto de vista y nada atlético, tenía un coraje moral que no era común. Renunció a su cargo y de inmediato aceptó un homenaje de la SADE, en que fue leído un breve texto suyo sobre el episodio. Como es prácticamente desconocido, a pesar de haber sido publicado más de una vez entonces, lo reproduzco en su totalidad:

Dele-Dele

Hace un día o un mes o un año platónico (tan invasor es el olvido, tan insignificante el episodio que voy a referir) yo desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero en una biblioteca municipal de los arrabales del Sur. Nueve años concurrí a esa biblioteca, nueve años que serán en el recuerdo una sola tarde, una tarde monstruosa en cuyo decurso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró las Islas Británicas y el nazismo, arrojado de Berlín buscó nuevas regiones. En algún resquicio de esa tarde única, yo temerariamente firmé alguna declaración democrática; hace un día o un mes o un año platónico, me ordenaron que prestara servicios en la policía municipal. Maravillado por ese brusco avatar administrativo, fui a la Intendencia. Me confiaron, ahí, que esa metamorfosis era un castigo por haber firmado aquellas declaraciones. Mientras yo recibía la noticia con debido interés, me distrajo un cartel que decoraba la solemne oficina. Era rectangular y lacónico, de formato considerable, y registraba el interesante epigrama *Dele-Dele*. No recuerdo la cara de mi interlocutor, no recuerdo su nombre, pero hasta el día de mi muerte recordaré esa estafalaria inscripción. *Tendré que renunciar*, repetí, al bajar las escaleras de la Intendencia, pero mi destino personal me importaba menos que ese cartel simbólico.

No sé hasta donde el episodio que he referido es una parábola. Sospecho, sin embargo, que la memoria y el olvido son dioses que saben bien lo que hacen. Si han extraviado lo demás y si retienen esa absurda leyenda, alguna justificación les asiste. La formulo así: las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y mueras prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor. ¿Habré de recordar a lectores de *Martin Fierro* y de *Don Segundo* que el individualismo es una vieja virtud argentina? Quiero también decirles mi orgullo por esta noche numerosa y por esta activa amistad.

Entre los discursos que se pronunciaron en la misma ocasión, el más importante fue el del Presidente de la SADE, el escritor Leonidas Barletta, militante comunista y que había sido miembro del famoso grupo de Boedo. Barletta saludó a Borges por su valentía al enfrentarse a la dictadura y no aceptar el silencio. El comienzo de su discurso es suficientemente explícito:

Nos hemos congregado en torno de esta mesa para desagrar, en la persona de Jorge Luis Borges, a los escritores argentinos agredidos por su activa defensa de la cultura. Su obra y su conducta acreditan con exceso la representación que tácitamente le acuerda nuestro afecto y nuestra admiración. (id.)

Su largo discurso, así como el breve texto de Borges, fueron publicados por el periódico *Argentina Libre*.²⁴ Para la izquierda, que durante casi una década habría de luchar contra Perón, Borges (el exquisito, el paradójico Borges) se había convertido en símbolo de la resistencia de los intelectuales contra la dictadura. Era éste un extraño papel para un hombre irónico como él, pero Borges lo representó con la mayor sencillez posible. De esta manera, resultó evidente que Perón había elegido mal, ya que hubiera podido identificar más fácilmente entre los suyos un digno inspector de gallinas y conejos.

Unos dos años después, el Gobierno peronista habría de encontrar una nueva ocasión de humillar a los Borges. En septiembre 8, 1948, un grupo de damas de la sociedad argentina decidió reunirse en la calle Florida para cantar el Himno Nacional y repartir algunos panfletos contra la dictadura. Era de tarde y pronto un numeroso grupo de gente se había formado en torno de ellas. La policía pronto llegó a disolver la manifestación y detener a las damas principales con el argumento (correcto) de que no habían pedido permiso para manifestar. (En la redada, detalle pintoresco, cayeron dos damas uruguayas que estaban comprando zapatos en una boutique de la calle Florida y salieron imprudentemente a curiosear.) El magistrado condenó a las manifestantes a un mes de prisión. Entre las damas estaban Norah Borges y Doña Leonor Acevedo de Borges. Como la última ya había cumplido los sesenta, se la autorizó a quedarse en su departamento de la calle Maipú, con un vigilante a la puerta. Borges ha comentado el episodio en sus conversaciones con Richard Burgin. Empieza hablando de Madre:

Borges:

She is a remarkable woman. She was in prison in Perón's time.

My sister also.

Burgin: Perón put them in prison?

Borges:

Yes. My sister, well, of course, in the case of my mother it was different, because she was already an old lady —she's ninety-one now— and so her prison was her own home, no? But my sister was sent with some friends of hers to a jail for prostitutes in order to insult her. Then, she somehow smuggled a letter to us, I don't know how she managed it, saying that the prison was such a lovely place, that everybody was so kind, that being in prison was so restful, that it had a beautiful patio, black and white like a chessboard. In fact, she worded it so that we thought she was in some awful dungeon, no? Of course, what she really wanted was for us to feel, well, not to worry so much about her. She kept on saying what nice people there were, and how being in jail was much better than having to go out to cocktails or parties and so on. She was in prison with other ladies, and the other ladies told me that they felt awful about it. But my sister just said the Lord's Prayer. There were eleven of them in the same room, and my sister said her prayers, then she went to sleep immediately. All the time she was in jail, she didn't know how long a time might pass before she would see her husband, her children, and her mother or me. And afterwards she told me —but this was when she was out of jail— she said that, after all, my grandfather died for this country, my great-grandfather fought the Spaniards. They all did what they could for the country. And I, by the mere fact of being in prison, I was doing something also. So this is as it should be.²⁵

Hay otro testimonio sobre el episodio. Es un libro, *El grito sagrado*, escrito por una de las detenidas, Adela Grondona, y publicado unos diez años después.²⁶ La imagen de Norah que transmite, parece certificar lo que ella decía en la carta citada por Borges, de que las cosas no estaban tan mal en la cárcel, o (al menos) que no lo estaban para Norah. Ella se pasaba encontrando cosas hermosas que alabar, una balustrada aquí, un rostro allí, y mantenía a todas las presas —damas o prostitutas eran lo mismo, para ella— alegres con

sus cantos y dibujos. Y también, es claro, con sus rezos. La prisión duró un mes entero, pero habría podido ser más breve si las damas hubieran consentido en humillarse y pedir intercesión de Evita. En sus conversaciones con Burgin, Borges relata así este aspecto del episodio:

Burgin: How long was she (Norah) in prison?

Borges:

A month. Of course they told her that if she wrote a letter she would be free at once. And the same thing happened to my mother and my sister, her friends and my mother answered the same thing. They said, "If you write a letter to the Señora you'll get out." "What señora are you talking about?" "This señora is Señora Perón." "Well, as we don't know her, and she doesn't know us, it's quite meaningless for us to write to her." But what they really wanted was that those ladies would write a letter and then they would publish it, no? And then people would say how merciful Perón was, and how we were free now. The whole thing a kind of trick, it was a trick. But they saw through it. That was the kind of thing they had to undergo at the time.

Burgin: It was a horrible time.

Borges:

Oh, it was. For example, when you have a toothache, when you have to go to the dentist, the first thing that you think about when you wake up is the whole ordeal, but during some ten years, of course, I had my personal grievances too, but in those ten years the first thing I thought about when I was awake was, well, "Perón is in power." (p. 120)

Soportar a Perón, sobrevivir, ese era el problema principal para Borges en aquellos años, pero en vez de hacerlo en digno silencio (como *Chaves*, y su autor, Eduardo Mallea), o de rodillas, como tantos escritores y plumíferos argentinos, Borges lo hizo protestando.²⁷ En la ciudad ocupada por su propio Ejército en que se había convertido Buenos Aires, Borges continuó hablando y hablando hasta que un día pudo despertarse y saber que Perón había caído. O mejor dicho: que lo habían hecho caer. Pudo saber (aunque seguramente eso ya no le importaba) que el Macho, como lo llamaban los suyos, a última hora había renunciado a luchar y, muy discretamente, se había refugiado en una cañonera paraguaya, seguramente para inspeccionar *in situ* las gallinas y conejos que llevarían en la bodega.

La Liberación (como fue llamada entonces) trajo para Borges muchas recompensas de carácter político.²⁸ Fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional, recibió el Gran Premio Nacional de Literatura en 1956, fue aplaudido por haber sido uno de los pocos que en los años de la dictadura no se había callado o doblegado. A partir de entonces, Borges dejó de ser un escritor marginal, independiente, de ideas filosóficas anarquistas, para convertirse en un escritor oficial, conservador, representante de una oligarquía que prefiere cualquier gobierno al juego democrático libre. En esa decisión política de Borges influyó mucho una circunstancia privada. Debido al creciente deterioro de su vista, a partir de 1956, su médico le prohibió leer y escribir. Debió apoyarse, más que nunca, en su madre para toda clase de actividad intelectual y, sobre todo, para la información política.

A los setenta años, Madre era una mujer enormemente activa, que apenas representaba cincuenta. En realidad, ya empezaba a parecer la mujer de su hijo; confusión que aunque ella no fomentaba, la alagaba extraordinariamente. A la influencia de Madre, de Norah, y del círculo vehemente de sus muy conservadoras amistades, se debe la inscripción de Borges en el Partido Conservador. Aunque para disminuir la adhesión, él haya dicho que ser conservador es una forma de escepticismo, la decisión habría de comprometerlo con una causa, no sólo perdida sino indigna de encontrarse.²⁹ A partir de 1956, las opiniones políticas de Borges dejan de tener algo que ver con la realidad argentina, o mundial. Son

expresión de la falta de contacto con una realidad compleja y mudable de un hombre al que la ceguera ha terminado por aislar del mundo cotidiano: el mundo de la política.

VI.

Ahora resulta obvio que Borges (como la mayoría de sus compatriotas) se equivocó al juzgar tan negativamente muchos aspectos de la obra de Perón. No advirtió que, a pesar de su demagogia y su falta de respeto por el proceso democrático, Perón puso al día a la Argentina en materia de legislación social y en la protección de los derechos de los trabajadores. Tampoco advirtió que en su política internacional y en su oposición al capitalismo anglo-norteamericano, Perón tenía razón, aunque sus razones pudieran estar corrompidas por una concupiscencia financiera que lo hizo amasar una fortuna personal enorme. Es decir: Borges veía al fascista Perón, al demagogo Perón, al torturador Perón, al cachador Perón. No veía los otros aspectos de una personalidad, verdaderamente carismática y que, en cierto sentido, resultó como un borrador carnavalesco de Fidel Castro. Pero si Borges no podía reconocer los aspectos positivos de Perón, tampoco los advertían los liberales que lo rodeaban, ni los izquierdistas (tanto los jóvenes parricidas como los viejos *aparatchiks*) que militaban en otros bandos. Sólo cuando su segundo asalto al poder, resultó evidente que había otro Perón. Para Borges era ya demasiado tarde. Aparte las numerosas alusiones en poemas, cuentos y ensayos, el texto principal que escribió Borges contra Perón es un cuento, redactado en colaboración con Adolfo Bioy Casares y titulado, "La fiesta del monstruo". Fechado el 24 de noviembre de 1947 este relato circuló en manuscrito y sin nombre de autor, subterráneamente, en el Río de la Plata. Fue publicado a la caída de Perón, y aún así, sólo en Montevideo, en la sección literaria del semanario *Marcha*, que entonces yo dirigía.³⁰ En un lenguaje barroco que lleva hasta sus últimos límites el *lunfardo* de algunos personajes de Bustos Domecq, el protagonista narra su participación en la manifestación monstruosa que para celebrar a Perón se organiza en las barriadas. El narrador es un hombre estúpido y muy venal que sólo se suma a los manifestantes por el afán de sacar tajada. Su relato (ejemplo típico de la narración que Wayne Booth llama de "unreliable narrator"),³¹ resulta una parodia de una parodia. A través de la sordidez del relato, se ponen al descubierto los mecanismos demagógicos que utiliza Perón para crear manifestaciones espontáneas de apoyo a su régimen. El humor es salvaje, y la narración resultaría sólo grotesca si no condujera a un desenlace violento, y (lamentablemente) histórico. Antes de llegar a Plaza de Mayo, los manifestantes tropiezan con un joven intelectual judío, tratan de forzarlo a que grite los *slogans* peronistas y por no hacerlo a satisfacción, lo matan. Aunque no muy frecuentes, estos episodios ocurrieron en la Argentina de Perón, especialmente en la época en que el Coronel controlaba la policía y estaba ya consolidando su poder. Entre sus aliados ocasionales se encontraba un grupo, la Alianza nacionalista, que era nazi y que había convertido la persecución y exterminio de los judíos en deporte favorito. Perón condenó más de una vez en público estas prácticas pero nunca ordenó que la policía castigase a esos asesinos. Aunque no era nazi, le convenía tener esos mastines de reserva.³²

Borges, pues, estaba técnicamente equivocado al creer que Perón era nazi pero no estaba equivocado al creer que Perón fomentaba a los nazis argentinos. Por eso, porque tenía razón en lo esencial, podía no importarle no tenerla en los detalles. Como ha dicho más de una vez en sus historias y cuentos, y sobre todo en "Ema Zunz," las circunstancias

podrían ser falsas, pero era verdadero el ultraje cometido.³³ Para el moralista político que Borges es, en definitiva, la culpa de Perón, y de tantos otros, reside allí. Por eso, él no podía pactar, y hasta ahora no ha pactado, con hombres como éste: los villanos sonrientes de la historia argentina.

VII.

Si Borges se hubiera limitado a *escribir* sobre política, este trabajo habría terminado aquí. A partir de 1956, y con muy pequeñas excepciones (algunos notorios poemas sobre Israel, por ejemplo), no ha publicado nada sobre temas explícitamente políticos.³⁴ Pero no ha cesado de conceder entrevistas sobre temas de actualidad y ha opinado sobre cuanto acontecimiento político sus interlocutores le han ofrecido. Negando su capacidad de opinar en tales materias, no ha dejado de hacerlo, con esa perversidad de *vieillard terrible* que se ha ido acentuando con los años. Sus declaraciones han alimentado el fuego y ahora hasta aquellos que soportaron durante años las peores dictaduras (la de Franco, por ejemplo) se creen con derecho a ofenderse porque Borges apoya a Pinochet, o aplaude a Nixon. Jesús había pedido que antes de tirar la primera piedra estuviéramos seguros de estar libres de culpa. Pero los críticos de Borges no tienen escrúpulos evangélicos. La profesión de lapidarios es, por lo demás, demasiado popular. A río revuelto (para citar otro lugar común) son los pescadores los que ganan. Todo esto sería aceptable -y hasta implicaría una cierta cuota de justicia poética ya que Borges, cuando muchacho, también practicó el alacranismo político y crucificó a Lugones, por ejemplo-³⁵ si a nivel de la crítica responsable se practicase un examen cuidadoso de la política de los textos borgianos. Es decir: sería aceptable si los críticos de Borges que militan tan visiblemente en la izquierda, realmente estudiaran del punto de vista ideológico sus textos en vez de glosar monótonamente, como el cuervo de Poe, sólo sus opiniones periodísticas. Descubrirían, entonces, no sólo que Borges ha escrito más sobre política de lo que se cree (como he tratado de demostrar aquí) sino que su obra entera tiene una ideología política.

Es claro que para analizar la ideología política del texto que llamamos Borges se necesita algo más que un recuento de sus opiniones. La ideología de un texto (como ya lo sabían Marx y Engels)³⁶ no coincide necesariamente siempre con la ideología manifestada por el autor en sus declaraciones políticas. En el prefacio de la *Comédie Humaine*, Balzac se declara monárquico y católico.³⁷ Su pintura de la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX está, por suerte, libre de esas piadosas ficciones. Lo mismo pasa con el fascismo de D'Annunzio (que ha analizado brillantemente Paolo Valesio) o con el antisemitismo de Céline (sobre el que ha escrito un trabajo fundamental Julia Kristeva). Ni la obra de D'Annunzio defiende para nada la sociedad burguesa, conservadora de la familia y del estado, de las buenas costumbres y de la propiedad privada que son la base del fascismo, ni la de Céline defiende el ideal nazi de una sociedad basada en la disciplina y el fervor de una mística política del superhombre germánico. D'Annunzio es (como texto) un apóstol de la corrupción y del decadentismo; Céline, un partidario del caos y del absurdo, atravesado por una piedad que sólo sabe expresarse en el insulto y la cólera. La obra de Borges (el texto que llamamos Borges) no pretende conservar la sociedad burguesa sino negarla, no está a favor de la familia y las buenas costumbres sino de la extinción total de la realidad, del tiempo y el espacio, del individuo y sus ilusiones de poder político: ilusorio como todo lo cotidiano. Un mundo

tan negativo, una heterotopía tan radical (como ha dicho Michel Foucault)³⁸ no puede ajustarse a ningún régimen fascista, se llame Franco, Pinochet o Videla el jefe. Son precisamente los edificantes enemigos de Borges, esos padres de familia que quieren gobiernos estables y fuertes para asegurar a sus proles un futuro mejor, los que sostienen regímenes totalitarios. Ellos son los que, cuando un Perón o un Franco gobiernan, bajan la cabeza. Borges, en cambio, el *enfant terrible/vieillard* aún más *terrible* sigue escribiendo contra los espejos y la cópula porque multiplican la humanidad.³⁹ Su mundo no es el mundo del fascio sino el horrible mundo malthusiano de la nada.

Yale University

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

Notas

¹ En mi libro, *Borges, A Literary Biography*, de próxima publicación por E.P. Dutton (New York), se estudia detalladamente la carrera y la obra políticas del autor.

² Cf. Nota autobiográfica en *Exposición de la actual poesía argentina (1922/1927)*, compilada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo (Buenos Aires, Minerva, 1927), p. 93.

³ Cf. Guillermo de Torre: *Literaturas europeas de vanguardia* (Madrid, Caro Raggio, 1925) y la *Historia de las literaturas de vanguardia* (Madrid, Guadarrama, 1925); Gloria Videla: *El ultraísmo. Estudios sobre movimientos poéticos de vanguardia en España* (Madrid, Gredos, 1963); César Fernández Moreno: *La realidad y los papeles. Panorama y muestra de la poesía argentina* (Madrid, Aguilar, 1967). En este trabajo, estos libros serán citados por el nombre del autor, la fecha y la página solamente.

⁴ Jorge Luis Borges: "Biografías sintéticas: Romain Rolland," en *El Hogar*, Buenos Aires, julio 25, 1937, p. 30.

⁵ Cf. James E. Irby: "Encuentro con Borges," en *Revista de la Universidad de México*, México, junio 1962.

⁶ Jorge Luis Borges: "Biografías sintéticas: Henri Barbusse," en *El Hogar*, marzo 19, 1937, p. 28.

⁷ "Autobiographical Essay," en *The Aleph and Other Stories*, compilado y traducido por Norman Thomas di Giovanni en colaboración con el autor, (New York, E.P. Dutton, 1970), p. 206.

⁸ Cf. de Torre, 1925, p. 62.

⁹ Cf. de Torre, 1925, p. 63.

¹⁰ Cf. Videla, 1963, pp. 100-101.

¹¹ Jorge Luis Borges: "Chronique des lettres espagnoles. Trois nouveaux livres," en *La Feuille*, Ginebra, agosto 20, 1919. En una visita a Maurice Abramowicz que realicé en Ginebra, 1975, pude ver no sólo el original manuscrito de este trabajo sino que también recogí valiosas informaciones sobre el mismo que me hizo el Dr. Abramowicz. Debo a la generosidad del Profesor Donald A. Yates la copia del texto de Borges, tal como se publicó en *La feuille*.

¹² Cf. Fernández Moreno, 1967, p. 141.

¹³ Cf. Ulyses Petit de Murat: "Jorge Luis Borges y la revolución literaria del *Martín Fierro*," en *Correo Literario*, Buenos Aires, febrero 1º, 1944.

¹⁴ Cf. Luis C. Alén Lascano: *La Argentina ilusionada 1922-1930* (Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975), p. 245.

¹⁵ Jorge Luis Borges: "Queja de todo criollo," en *Inquisiciones* (Buenos Aires, Proa, 1925, p. 132).

¹⁶ "Jorge Luis Borges à Alfonso Reyes," en *L'Herne* (Paris, 1964), p. 56.

¹⁷ "Libros y autores extranjeros," en *El Hogar*, mayo 20, 1937, p. 26.

¹⁸ Jorge Luis Borges: "Una pedagogía del odio," en *Sur*, n° 32 (Buenos Aires, mayo 1937), p. 81.

¹⁹ Jorge Luis Borges: "Definición del germanófilo," en *El Hogar*, diciembre 13, 1940, p. 3. También en Emir Rodríguez Monegal: *Borgès par lui même* (Paris, Du Seuil, 1970), pp 130-133.

²⁰ Jorge Luis Borges: *Otras inquisiciones* (Buenos Aires, Sur, 1952).

²¹ Aunque menos, Borges también escribió en esa época contra el stalinismo. Véanse, por ejemplo, las ironías contra el arte del realismo socialista contenidas en la reseña de "Un copioso manifiesto de Breton," publicada en el *El Hogar*, diciembre 2, 1938, p. 89. Me he referido a este texto en un trabajo leído en el Congreso sobre el Surrealismo, organizado por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en la Universidad de Pennsylvania, Philadelphia, en agosto 24, 1975, bajo la presidencia del Profesor Peter Earle, y que será publicado en la Memoria de dicho Congreso.

²² Cf. Félix Luna: *El 45. Crónica de un año decisivo* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971), p. 293.

²³ "Autobiographical Essay," p. 244.

²⁴ Jorge Luis Borges: "Dele-Dele;" y Leonidas Barletta: "Desagravio a Borges," en *Argentina Libre*, Buenos Aires, agosto 15, 1946, p. 5.

²⁵ Cf. Richard Burgin: *Conversations with Jorge Luis Borges* (New York, Holt, Rinehart, Winston, 1969), pp. 118-119.

²⁶ Cf. Adela Grondona: *El grito sagrado. (Treinta días en la cárcel)* (Buenos Aires, 1957).

²⁷ Cf. Emir Rodríguez Monegal: *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros* (Buenos Aires, Deucalión, 1956), pp. 29-98.

²⁸ Cf. Jean de Milleret: *Entretiens avec Jorge Luis Borges* (Paris, Pierre Belfond, 1967), p. 82.

²⁹ Cf. de Milleret, 1967, pp. 220-221, en que Borges declara su "escepticismo político," y agrega que una vez, hablando en público delante de sus nuevos correligionarios, los conservadores, los decepcionó porque "mon thème a tourné autour de mon idée: Si l'on est conservateur, on n'est pas fanatique car on ne peut s'enthousiasmer pour le conservatisme, pas plus que n'est concevable un conservateur fanatique." También declara que se hizo conservador para dar "plaisir à ma mère et ma soeur."

³⁰ H. Bustos Domecq: "La fiesta del monstruo," en *Marcha*, Montevideo, setiembre 30, 1955, pp. 20-23. Hay traducción al inglés, a cargo de Alfred MacAdam con Suzanne Jill Levine y Emir Rodríguez Monegal: "Monsterfest," en *Fiction*, New York, Vol. 5, n° 1, 1977, pp. 2-5.

³¹ Cf. Wayne Booth: *The Rhetoric of Fiction*, Chicago, The University of Chicago Press, 1961.

³² Un ejemplo: El 4 de octubre de 1945, "por la noche, en los alrededores de la Facultad de Ingeniería un grupo de aliancistas tiroteó a un grupo democrático y un estudiante, Aaróm Salmún Feijóo, fue asesinado por negarse a vivir a Perón." (Luna, 1971, p. 211). Uno de los *slogans* de los manifestantes del 17 de octubre, 1945, era: "Haga patria matando un estudiante." (id., p. 308). Otro *slogan* era: "Haga patria, mate un judío." (id., p. 343 n. 89). El 23 de noviembre, 1945, hubo "un pequeño 'pogrom' en el barrio Once, por cuenta de los activistas del nacionalismo." (id. p. 396). Toda esta información está extraída de una fuente

neo-peronista. El autor indica que, una vez, Perón "debió publicar un comunicado. Decía que 'sujetos irresponsables al grito de *Viva Rosas, Mueran los judíos, Viva Perón*, escudan su indignidad para sembrar la alarma y la confusión. Quienes así proceden viven al margen de toda norma democrática y no pueden integrar las filas de ninguna fuerza política argentina.'" (id., p. 354). El comentario del autor es: "Pero los muertos estaban muertos."

³³ Jorge Luis Borges: "Emma Zunz," en *El Aleph* (Buenos Aires, Losada, 1949) p. 68. El final del cuento dice literalmente: "La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero era también el ultraje que habla padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios."

³⁴ Una de las pocas excepciones, el poema, "1972," en *La rosa profunda* (Buenos Aires, Emecé, 1975), p. 107, donde dice:

Pero la patria, hoy profanada quiere
Que con mi oscura pluma de gramático,
Docta en las nimiedades académicas
Y ajena a los trabajos de la espada,
Congregue el gran rumor de la epopeya
Y exija mi lugar. Lo estoy haciendo.

³⁵ Cuando Lugones publicó su *Romancero* (1924), *Martín Fierro* dedicó una parte de su "Parnaso Satírico" a la composición "Romancillo, cuasi romance del 'Roman-cero' a la izquierda," que firmaban Mar-Bor-Vall-Men, seudónimo tras el cual eran visibles Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Antonio Vallejo y Evar Méndez. Cf. Segunda época, Año III, n° 30-31, Buenos Aires, julio 8, 1926.

³⁶ Cf. Friedrich Engels: "Letter to Margaret Harkness. Beginning of April 1888 (draft)," en *Marx and Engels on Literature and Art*, compilado por Lee Baxandall & Stefan Morowski (St. Louis, Mil., Telos Press, 1973), pp. 115-116.

³⁷ "J'écris à la lueur de deux Vérités éternelles: la Religion, la Monarchie, deux nécessités que les événements contemporains proclament, et vers lesquelles tout écrivain de bon sens doit essayer de ramener notre pays." ("Avant-Propos," en *La Comédie Humaine*, Paris, La Pléiade, Gallimard, 1966, I, p. 9). Paul Lafargue nos dice, en sus *Reminiscences of Marx* (1880) que éste admiraba tanto a Balzac "that he wished to write a review of his great work *La Comédie Humaine* as soon as he had finished his book on economics." (Bazandall & Morovski, 1973, p. 150).

³⁸ Cf. Michel Foucault: *Les mots et les choses* (Paris, Gallimard, 1966), p. 9.

³⁹ Jorge Luis Borges: "El tintorero enmascarado Hákim de Merv," en *Historia universal de la infamia* (Buenos Aires, Megáfono, 1935), p. 92; y "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius," en *El jardín de senderos que se bifurcan* (Buenos Aires, Sur, 1941), pp. 10-11. Un comentario de estos textos, y de su contexto literario y biográfico, se encuentra en el trabajo, "El lector como escritor," que está recogido ahora en mi libro: *Borges: Hacia una poética de la lectura* (Madrid, Guadarrama, 1976), pp. 41-93.